

AMERICANIZACIÓN, CONSUMISMO Y SUBJETIVIDADES NARCISISTAS: INSCRIPCIONES DEL NEOLIBERALISMO EN CHILE EN LA NOVELA MALA ONDA (1991) DE ALBERTO FUGUET

José RIVERA-SOTO*

- **RESUMEN:** El presente artículo desarrolla un análisis de *Mala Onda*, de Alberto Fuguet (1991), narrador, periodista y cineasta chileno nacido en 1964, para desentrañar las inscripciones textuales del neoliberalismo que puedan emerger de su lectura. La revisión de la novela será con el instrumental teórico que proveen los sociólogos Tomás Moulian y Gilles Lipovetsky. Aun cuando se trata de intelectuales cuyas tradiciones son diferentes, trabajaremos sobre aspectos en los que coinciden, como la doble cara del consumo, revisada por ambos desde una perspectiva ambivalente: de domesticación y control y, al mismo tiempo, como eficiente dispensador de placer. Asimismo, relevaremos el concepto de ser humano que defiende el modelo neoclásico, el de *homo oeconomicus*, para ponerlo en diálogo con las representaciones en la novela de cuestiones como la felicidad, la competencia y las oportunidades. Pretendemos pesquisar con esto, la doble refundación de la dictadura militar chilena: primero, instalando un modelo de desarrollo de liberalismo económico extremo, organizado en torno al despliegue de la iniciativa privada en todas las esferas de la vida, y un Estado gibarizado, confinado a los espacios residuales del mercado; y segundo, la modulación de las subjetividades y conductas de la población, generada a través del terror y la coerción dictatorial.
- **PALABRAS CLAVE:** Alberto Fuguet. *Mala Onda*. Neoliberalismo. Americanización. Consumismo. Subjetividades narcisistas.

Domesticación y placer: la doble cara del consumo: a modo de introducción

La dictadura de Augusto Pinochet en Chile se inicia el 11 de septiembre de 1973, con un Golpe de Estado contra el presidente democráticamente electo, Salvador Allende, y se extiende por 17 años, hasta el 11 de marzo de 1990, siendo derrotado en las urnas por un plebiscito y posteriores elecciones libres. Para Tomás Moulian (1997, p. 20), sociólogo chileno de raigambre marxista, durante ese período se desplegó un gobierno que caracteriza como una “dictadura terrorista-revolucionaria”. El concepto lo desarrolla

* Universidad Viña del Mar. Centro Regional de Inclusión e Innovación Social – CRIIS. Valparaíso - Chile. jrivera@uvm.cl

Artigo recebido em 20/11/2019 e aprovado em 25/05/2020.

a partir del estudio de la propia revolución capitalista chilena, pero también basado en los gobiernos autoritarios de izquierda que vieron la luz durante todo el siglo XX.

En este marco, Moulian (1997) establece que, en cada uno de los momentos del proceso revolucionario, el poder debe conservar una doble capacidad: de destrucción y de creación. En esta investigación nos centraremos en la segunda, aquello que la dictadura pinochetista produjo una vez destruido el proyecto socialista en curso: primero, un modelo de desarrollo neoclasicista, fundado en un liberalismo económico extremo, donde la iniciativa privada se despliega en todas las esferas de la vida y el Estado se reduce a un rol subsidiario; y segundo, la modelación -también a través del terror y la coerción- de las subjetividades de chilenas y chilenos, en un giro guiado por la concepción de hombre que es inherente al neoliberalismo: el “*homo oeconomicus*” (GARCÍA, 1983).

El nuevo contexto socioeconómico pone al consumo como un elemento cardinal. Su medio, nos aclara Moulian, es el crédito, que aparece como una estrategia que no implica movilidad social, puesto que su efecto no es un cambio de estrato socioeconómico. Se trata de algo distinto, pero simbólicamente muy importante: del acceso a la “modernidad” (MOULIAN, 1997) de los bienes u objetos que antes estaban restringidos a los ricos.

Aquí se da una paradoja: “Las relaciones de trabajo buscan la flexibilidad de los contratos mientras que las de consumo suponen su estabilidad” (MOULIAN, 1997, p. 100). La posibilidad del crédito está abierta para todas las familias que forman parte de los estratos AB, C1, C2, C3 y D. Solamente están excluidas las familias del estrato E (con un nivel de ingresos familiar inferior a \$400 USD en 2018). A juicio del autor, mediante “[...] la masificación del crédito se ejerce una forma de la ciudadanía, la del ciudadano “credit-card”, insertado en una gigantesca cadena de consumo con pago diferido” (MOULIAN, 1997, p. 102). Esto, lógicamente, logra expandir los exiguos salarios.

Lo relevante es que este ciudadano es normalizado por el consumo con pago diferido. Debe subordinar sus estrategias de conflicto, a sus estrategias de sobrevivencia como asalariado. Ha aprendido que su futuro está en seguir siendo un trabajador creíble, en una credibilidad vinculada a la ‘sumisión’. En un giro foucaultiano, el sociólogo chileno asegura: “El crédito es un formidable factor de disciplinamiento, más eficiente en cuanto es plenamente mercantil, su mecanismo básico no es extraeconómico” (MOULIAN, 1997, p. 103).

Si el trabajador chileno pierde sus posibilidades crediticias, se transforma en un simple ciudadano político, al que le queda solamente la ilusión del sufragio. Si cierra las puertas del crédito, se cierran también sus aspiraciones a una vida mejor. Por ello, Moulian indica que el ciudadano crediticio está volcado hacia el núcleo irradiante de la familia y del hogar. Tiene como metas el confort del hogar, la educación para sus hijos, las áreas verdes, es decir objetivos móviles, portátiles. Sólo a través del velo espeso de la delincuencia se asoma a los problemas de la sociedad, cuando alcanzan a ver en el lanza o el asaltante una forma desviada de integración al mercado, una realización compulsiva de sus propias finalidades mercantiles.

Este tipo de ciudadano es una forma de despolitización de la ciudadanía, y por lo mismo es funcional al sistema y representa un modelo de vida en extremo conservador.

Así, se ve la “ciudadanía como administración de lo local, renuncia a preguntas sobre el orden social global, asumiendo que “el poder al que debe aspirar es sólo el ejercicio de los derechos del consumidor” (MOULIAN, 1997, p. 104). Como dijimos, este tipo de consumo se relaciona con el confort, con el prestigio, con la autoestima; y siempre da por hecho un salario futuro, una variable que el trabajador no puede controlar.

El consumismo en Moulian no sería mera alienación, como en Fromm o Marcuse, y por lo tanto como un “[...] atrapamiento del espíritu humano en el desierto del sinsentido, o de un sentido que es llenado por la futilidad de los objetos o la banalidad de la entretención” (MOULIAN, 1997, p. 105); más bien, se trata de una pulsión que presenta una doble faz: “Una cara: como mecanismo de domesticación, como destacado y sutil dispositivo de dominación. La otra: su conexión con el placer” (MOULIAN, 1997, p. 105). Es decir, es disciplinamiento (negatividad) y placer (positividad).

En el Chile actual, el crédito, mucho más que el sindicato, aparece como el instrumento del progreso. Esto lleva a que el individuo esté por sobre el colectivo. Así, “la solvencia financiera permite el hedonismo, esa forma imitativa de la felicidad” (MOULIAN, 1997, p. 106). Como mecanismo de la dominación ese disciplinamiento está ligado a la satisfacción, a la expectativa de la realización del deseo. En gran medida, “la identidad del Yo se construye a través de los objetos, lo que conduce a la pérdida de distinción entre imagen y ser” (MOULIAN, 1997, p. 106).

El énfasis en el consumo como realización humana contradice los enfoques tradicionales. Estos, desde Saint Simon y especialmente desde Marx, ponen “[...] énfasis en el trabajo como espacio de realización de las potencialidades humanas” (MOULIAN, 1997, p. 107). Para Moulian, en cambio, es importante entender la fascinación y seducción que produce el consumo, lo que lleva a que una familia humilde privilegie un televisor antes que una cama que evitaría el hacinamiento y la promiscuidad. Son los objetos los que delimitan los contornos de ese *personaje* que vamos siendo o que aspiramos a ser, objetos que en el neoliberalismo “[...] alcanzan su punto máximo de fetichización, por tanto despliegan todo su devastador encanto” (MOULIAN, 1997, p. 107).

“Homo oeconomicus” y moda: nuevas pautas normativas y de sociabilidad

El sociólogo francés Gilles Lipovetsky, coincide con lo planteado por Tomás Moulian en cuanto a que el consumo ostenta una doble faz. Respecto a la primera de ellas, caracterizada por el autor chileno como un discreto dispositivo de domesticación y control, Lipovetsky (2002, p. 5) señala que la revolución del consumo permite la aparición de una nueva manera de socialización, que desplaza las antiguas formas “de control de los comportamientos”, abandonando los ejes modernos de la revolución, la vanguardia u otros proyectos históricos y colectivos movilizadores, para centrarse exclusivamente en el despliegue de aquello que incumbe a la libertad individual. Pero esa libertad, nos advierte el francés, es ilusoria: son las técnicas de control social las que han mutado, las que ahora poseen “dispositivos cada vez más sofisticados y ‘humanos’” (LIPOVETSKY, 2002, p. 11, énfasis en el original).

Esas nuevas, sofisticadas y humanas técnicas de control social, para Moulian significan la base de la segunda faz que detecta en el consumo: su ligazón con el placer, y el hedonismo que nace de la expectativa de realización del deseo. Lipovetsky, por su lado, entiende el cambio de época antes descrito -que nomina como el paso de la modernidad a la posmodernidad- a partir del fenómeno del “consumo de masas y los valores que éste trasmite (la cultura hedonista y psicologista)” (LIPOVETSKY, 2002, p. 24). Así, atribuye a la democratización del consumo la emergencia de valores que fomentan el despliegue de lo íntimo, el placer, las peticiones particulares de los individuos y, en la esfera de lo público, “la modelación de las instituciones en base a las aspiraciones de los individuos” (LIPOVETSKY, 2002, p. 24).

La convergencia de control y placer, que tanto Moulian como Lipovetsky avizoran en el consumo, no puede ser considerada baladí: concuerda con uno de los supuestos fundantes del neoliberalismo. El economista Alvaro García, cuando analiza la instalación en Chile del modelo neoclásico, da cuenta con bastante claridad de ello. En su artículo “Modelo neoliberal y desarrollo nacional: Un desencuentro”, indica que cualquier evaluación que hagamos

[...] del “modelo” no puede restringirse a la fragilidad de sus supuestos económicos. Este envuelve una concepción de la sociedad y del ser humano que no puede pasarse por alto. El “homo oeconomicus” en que se funda el “modelo”, está en constante lucha contra su medio, trata incesantemente de obtener el máximo de beneficio personal; desaparece en él la fe y la solidaridad y sólo prima la racionalidad técnica que permite optimizar el uso del tiempo dedicado a la producción material. En Chile se trató que esta racionalidad cubriera todas las dimensiones de la vida social. El más claro ejemplo fueron las “siete modernizaciones” con las que se quiso extender la racionalidad del mercado a ámbitos tan extensos y diversos como las relaciones laborales, la salud, educación y seguridad social. Se pretendió, en efecto, que todo el quehacer personal y social llevara el sello del mercado, adquiriera la forma de la competencia. (GARCÍA, 1983, p. 87, énfasis en el original).

Para García, la ética del modelo neoliberal presenta como una de sus premisas que todo

[...] **individuo es esencialmente hedonista**. Esto lo lleva a buscar incesantemente su bienestar personal, indolente, frente a los acontecimientos que ocurren en su entorno social y natural, salvo que éste afecte su acceso al consumo de bienes y servicios. Valores tales como la solidaridad, generosidad y/o amor no forman parte de este “homo oeconomicus”. La “utilidad” personal es independiente del sufrimiento o el bienestar de terceros. Tampoco encuentran sentido en esa racionalidad las actividades no remuneradas que se puedan desarrollar por el bien de la comunidad. La exacerbación del consumismo, indiferente, por ejemplo, del costo del desempleo o de su efecto sobre futuras generaciones, a las que se les carga una abultada deuda externa, es una nítida ilustración de esta concepción. (El énfasis es original) (GARCÍA, 1983, p. 88, énfasis en el original).

Para Lipovetsky, esta lógica individualista e instrumental, orientada al consumismo desenfrenado, promoverá una subjetividad narcisista, acaso el mejor símbolo de la circulación que va de un individualismo de algún modo limitado, a otro que se pretende absoluto y total. Y, al mismo tiempo, horadará las bases modernas del compromiso político y las expectativas depositadas allí para generar y conducir el cambio social. De ahí “[...] la descrispación de las posturas políticas e ideológicas y la sobrevaloración concomitante de las cuestiones subjetivas” (LIPOVETSKY, 2002, p. 12). Las personas reducen, cada vez con más vigor, la emocionalidad que antes invertía en la esfera pública o los sentidos trascendentales, y al mismo tiempo carga e intensifica aquellas prioridades que provienen del mundo de lo privado.

De este modo, la dictadura pinochetista logra no solo instalar un modelo de desarrollo extractivista y basado en la competencia de los privados, sin un Estado que redistribuya lo que, naturalmente, el mercado tiende a concentrar; además, atraviesa las subjetividades con esa concepción de mundo, modulándola por el terror y la coerción bajo los parámetros del homo oeconomicus. Esto, para autores como Silva-Escobar y Raurich, se debe a que el neoliberalismo debe comprenderse como una *racionalidad* y no un mero programa económico monetarista; es decir, un “[...] entramado ideológico [que] se expresa a través de procedimientos, dispositivos, técnicas, discursos, presupuestos y razonamientos” cuya dominación alcanza “[...] la cultura, la política y la sociedad a partir de un conjunto de prácticas individualizadoras, que modulan las subjetividades mediante el ejercicio práctico y estratégico del control de la conducta de la población” (SILVA-ESCOBAR; RAURICH, 2020, p. 686).

Ahora bien, Lipovetsky (2002) además nos advierte que una sociedad definida por el hedonismo, estará también atravesada por los códigos que surgen en el campo de la moda. Con ello, polemiza con su compatriota, Pierre Bourdieu, quien identifica en la moda una lógica de distinción cultural por la cual se diferencia la burguesía de los sectores menos acomodados. Lipovetsky, por el contrario, ve en la moda una huella que se inscribe en todas las formas de relacionarse con el mundo, siendo determinante para un capitalismo que ha elegido lo fugaz como pauta epocal.

Su idea es que todo está fijado por la superficialidad de la moda, y por ello en la posmodernidad lo efímero toma cuerpo como el modelo a seguir en todos los ámbitos de la vida social. Entonces, allí donde antes veíamos deseos de permanecer o un relato constante, continuo, ahora vemos solamente algo pasajero. Si bien eso es constituyente de la modernidad, como ya señalara Baudelaire en el siglo XIX, la diferencia es que, en la posmodernidad, por la crisis de los metarrelatos, todo ha adquirido ese carácter, y se desvanece cualquier otra manera de experiencia individual o colectiva, del mundo privado o público.

El autor declara la muerte de aquello que la modernidad intentó, con la fuerza de distintos sujetos sociales e históricos, implementar en el siglo XX, de las revoluciones o proyectos emancipatorios que consumieron su energía. En el contexto del modelo neoliberal, “las olas radiantes de la seducción” (LIPOVETSKY, 2002, p.17) lograron opacar la utopía trascendente por el fulgor del placer inmanente y se substituyó la

hegemonía de las relaciones de producción de la tradición marxista, en favor de una glorificación “de las relaciones de seducción” (LIPOVETSKY, 2002, p.17).

Los ‘90s: toda la Mala Onda contra Fuguet

Alberto Fuguet es periodista, escritor y cineasta. Nace en Chile en 1964, pero viaja tempranamente a Estados Unidos, donde se establece su familia, pasando sus primeros once años de vida en Los Ángeles, California. Desde sus comienzos, el autor ha recibido un trato hostil de la crítica literaria de medios de comunicación y de corte académico, tanto por su propia producción escrituraria como por las asociaciones (políticas y culturales) que se hacen con su figura. Revisemos algunas.

La primera e ineludible asociación, es con lo que se dio en llamar Nueva Narrativa Chilena. Se trataba de un conjunto disímil de escritores reunidos bajo ese ambicioso concepto sin un motivo que lo justificara. En palabras de Carlos Olivares, esto sucede porque “[...] en algún momento de mediados de los años ’80, alguien empleó la frase Nueva Narrativa para nominar a los jóvenes narradores y desde entonces, con o sin razón, quedó bautizada” (OLIVARES, 1997, p. 10). Como fuere, tal como señala el abogado y crítico de medios, Camilo Marks, solo “decir Nueva Narrativa chilena provoca bastante urticaria” (OLIVARES, 1997, p. 15). Este es el caso de la académica Soledad Bianchi, para quien el rótulo solo refiere a un fenómeno comercial instalado para promocionar narradores de ciertas “casas editoras, entiéndase: Planeta, Alfaguara o Grijalbo”, distantes de otras editoriales que ponen la calidad literatura por encima de los criterios comerciales. Bianchi lo ve como una estrategia de sellos transnacionales y no como resultado de una generación de autores con obras excepcionales; esto es, el trabajo de marketing editorial que desemboca en un “mini-boom” compuesto por una ficción “[...] homogénea, conformista y monocorde; tan homogénea, conformista, deslavada y monocorde como su contexto, el consenso” (BIANCHI, 1997, p. 34).

Bianchi, sin embargo, no pone a todas las novelas de la Nueva Narrativa a la misma altura, como se constata en su comparación de *Mala Onda*, novela que justifica este artículo, con otras aparecidas el mismo año:

Sin embargo, con otra mirada y desde otra perspectiva, yo pienso en 1991, año en que se dio el hecho poco habitual que tres novelas chilenas -publicadas en ese momento- ocuparon los lugares iniciales en las ventas: me refiero a **Mala Onda**, de Alberto Fuguet; **Nosotras que nos queremos tanto**, de Marcela Serrano, y **La ciudad anterior**, de Gonzalo Contreras: y las menciono, así, una tras otra, sin establecer distinciones en su escritura ni en su concepción ni factura, tal como la publicidad y la mayoría de los medios las presentaron al posible lector, a pesar que **La ciudad anterior** es una obra compleja que, a mi parecer, no puede confundirse con las anteriores, bastante esquemáticas y fáciles de encasillar: razón, tal vez, para promoverlas enfatizando aspectos extra-literarios basados en sus temáticas y protagonistas, con el fin de acceder a un comprador segmentado: jóvenes y mujeres, de clases acomodadas, que podían entretenerse e identificarse con las historias respectivas. (BIANCHI, 1997, p. 32-33, énfasis en el original).

De esta manera, Bianchi (1997) refiere la prosa de Fuguet como esquemática y fácil de encasillar, donde los factores “extra-literarios” sirven de gancho al consumo de posibles lectores que buscan entretenimiento, con temas y personajes (mujeres, jóvenes de clase alta) con las que puedan identificarse.

Empero, a Fuguet no solo se lo vincula, a modo de descalificación, con la Nueva Narrativa Chilena. La académica Rubí Carreño constata que

[...] cada escritor emergente reclama su sideral distancia de Alberto Fuguet. A mi juicio, el disentimiento respecto de su narrativa actúa más que como una venia histórica a la pugna entre “fachos” y “comunachos”, como un talismán contra una literatura completamente auto consciente de ser un producto más de la sociedad de mercado. Se trata de odiar a Alberto Fuguet para no recordar que todos vivimos en el supermercado y porque él, en vez de remordimiento o culpa, inventa una productora y se pasa de la novela al cine (CARREÑO, 2010, p. 27-28).

A Fuguet se lo asocia a una época y sus vicios, los noventas, cuando la sociedad chilena abandona la dictadura manteniendo intacto el legado neoliberal. Siguiendo a Diana Palaversich, y en consonancia con lo que esbozan Moulian y Lipovetsky, nuestro autor parece uno de los responsables de “[...] la despolitización de buena parte de la población y de la vida pública. Y la conversión del ciudadano de ‘ser político a consumidor’” (CARREÑO, 2010, p. 27, énfasis en el original).

En el temprano desprestigió de Fuguet fue cardinal su primera novela, recién comentada por Bianchi (1997): *Mala Onda*, de 1991. Antes de eso, el autor publicó un breve volumen de relatos, *Sobredosis*, publicada en 1990 y compuesto por cinco cuentos. Fuguet, de esta manera, inaugura su producción escrituraria en años políticamente cruciales para la sociedad chilena.

En *Mala Onda* se nos presenta una ficción organizada en torno al adolescente Matías Vicuña y su regreso de la gira de estudio a Brasil, hastiado de todo cuanto lo rodea en Chile. La novela nos lleva a los primeros días de septiembre de 1980, cuando el país se encuentra ante la inminencia de un plebiscito que todos saben fraudulento. Las referencias vitales del narrador protagonista son de índole musical y cinematográfica, pero está escasamente conectado con su Santiago natal y la configuración espacio-temporal que se le presenta ante los ojos. Fuguet, como señala el académico Rodrigo Cánovas (1996), trabaja con los materiales del mass media, y no sólo con su estética y recursos formales, también los tematiza y dan contenido de manera consciente a su proyecto escriturario.

Los conflictos que enfrenta Vicuña se relacionan a disputas con sus padres y el consumo de drogas y alcohol compulsivo, con el desborde como fórmula evasionista. La novela está escrita en primera persona, es cronológicamente lineal y, como indicara Soledad Bianchi (1997), despliega una prosa plana y sencilla, apenas determinada por marcas textuales que la identifican con el habla culta informal de un joven chileno de clase alta. La anécdota describe un arco de crecimiento bastante evidente, al modo de una *Bildungsroman*. Se inicia con un adolescente nihilista, sin conciencia individual ni social, que transita durante la obra a un sujeto que empieza a reconocer los conflictos sociales y

políticos del Chile dictatorial y a dotar su propia vida de sentido, modulando los rasgos definitivos de su identidad.

Para el académico Grínor Rojo (2014), la encrucijada que Vicuña tiene que zanjarse para alcanzar la madurez se enlaza, precisamente, a la elección binaria que enfrenta todo Chile en el plebiscito de 1980: decirse entre el Si o el No. Rojo enfatiza que los protagonistas de una novela de aprendizaje resuelven los dilemas a que se enfrentan, como obstáculo para conseguir su crecimiento, acatando las imposiciones de la sociedad o bien, en la *bildungroman* clásica, negociando con ellas. Como señalan Constantini y Andrade (2014, p. 271, énfasis en el original), el académico tiene un juicio lapidario de la obra en comentario: Vicuña acepta las normas de la cultura hegemónica, “cede ante el miedo de la cultura dictatorial y vota simbólicamente por el ‘sí’”.

Ese juicio se vuelve más rotundo al evaluar no solo el comportamiento del protagonista ante el conflicto que lo aqueja, sino su contexto familiar y social. Rojo señala:

¿Cómo no darnos cuenta del grotesco de la presentación del primer plano, del absurdo que reina entre los personajes y acontecimientos que pueblan *Mala onda*? ¿Cómo no percatarnos de que el padre del protagonista es un esperpento y la madre otro, o que el retrato de la familia y su entorno -parapetados en el cuarto de ciudad que Urbina denuncia, cegados por sus prejuicios, embrutecidos por su egoísmo, su ignorancia y sus mentiras- conforman una galería valleinclinca? Y que lo mismo vale para los condiscípulos y camaradas de Vicuña, con sus cabezas repletas de basura trivial, de materia prescindible, de proyectos inanes. El mundo hegemónico de *Mala onda* es, digámoslo resueltamente, un mundo al revés y no tiene ni el menor sentido (ROJO, 2014, p. 101).

Con todo, en *Mala Onda*, la política aparece de modo explícito como eje narrativo en su contexto de enunciación, pero también de forma implícita, develando las trazas ideológicas neoliberales al desplegar el discurso adaptativo que señala Rojo, se diría que incluso legitimador, respecto a las pautas normativas y de sociabilidad instaladas por el modelo. Esto se ve reflejado de múltiples maneras en el libro en comentario, que indagaremos a continuación.

Americanización, consumismo y subjetividad narcisista. Trazas neoliberales en *Mala Onda* o la tímida llegada de la modernidad

Como se ha mencionado, *Mala Onda* transcurre en los días que anteceden al plebiscito de 1980. Podemos comenzar historizando esos años con un dato atingente a nuestra investigación: en Chile, en 1980, todavía no existía lo que hoy conocemos como Centro comercial o Mall. En 1974 habían nacido los caracoles y, en 1977, Los Cobres de Vitacura. Pero, como relatan Rodrigo Salcedo y Liliana De Simone (2012) en *El Mall en Chile. 30 años*, solo en 1982 surge lo que se considera el primer mall del país: el Parque Arauco.

La manera en que se lo nomina, no es indiferente para estas páginas. Los autores narran que con el Parque Arauco atestiguan “la tímida llegada de la modernidad americanizante impulsada desde el régimen militar”, cuyo proyecto original tenía el nombre de Park Kennedy, el que “tuvo que ser reemplazado por uno más concordante con la ‘idiosincrasia nacional’” (SALCEDO; DE SIMONE, 2012, p. 9, énfasis en el original). Lo interesante es cómo se dio ese giro. En una sabrosa nota al pie, lo relatan así:

La polémica por el nombre anglosajón del proyecto fue desatada en 1979 desde la prensa. La Revista del Domingo, dirigida por el periodista Luis Alberto Ganderats, denunció el “extranjerismo” del nombre a través de numerosas editoriales. El alcalde de Las Condes Alberto Labbé, coronel de Ejército en retiro, propuso rebautizarlo como Parque Lautaro, en homenaje al gran estratega militar indígena. La Revista del Domingo sugirió Parque Arauco, recogiendo el nombre literario universal del pueblo mapuche. Finalmente, el 12 de agosto de 1979 la revista, en su edición N° 660, dio cuenta del cambio del nombre Park Kennedy a Parque Arauco como un triunfo de la prensa escrita (SALCEDO; DE SIMONE, 2012, p. 9, énfasis en el original).

En la denominación del primer mall apreciamos cómo se entrelazan los poderes y discursos que definen la dictadura: el Ejército, el influjo norteamericano, el nacionalismo, la presencia de lo indígena, la economía que se enfoca al consumo y el *retail*, el conservadurismo de El Mercurio y su autoridad ante el régimen y el empresariado, autoidad que llega al punto de imponer el nombre del primer mall, editoriales mediante.

Esta hegemonía norteamericana, esa “[...] tímida llegada de la modernidad americanizante impulsada desde el régimen militar” (SALCEDO; DE SIMONE, 2012, p. 9), es cónsona con nuestro análisis. Siguiendo a David Harvey (2007, p. 22), el “[...] golpe de estado de Chile y la toma del poder por los militares en Argentina, promovidos internamente por las clases altas con el apoyo de Estados Unidos” permiten el “posterior experimento con el neoliberalismo de Chile”. Así, tanto la fuerza para la imposición como aquello que se impone, provienen del país del Norte y se supeditan a sus propios intereses.

Esto vuelve comprensible que Estados Unidos aparezca una y otra vez en la novela en comentario, dotado siempre de esa carga favorable, de modernidad y progreso. Revisemos algunas marcas textuales que lo señalan.

Un personaje clave en la novela es Alejandro Paz. Se trata de una especie de mentor del protagonista, de figura tutelar en su camino a la adultez, que de hecho entrega el insumo esencial para que Vicuña resuelva los dilemas de su crecimiento en esta novela de aprendizaje, al recomendarle un libro que le cambiará la vida. Iniciando el relato, Paz exhorta al protagonista:

Tú deberías pegarte un viaje de verdad, que duela, que te sirva para cachar las cosas como son. No con tu profesora ni con esos pernos de tus compañeros. Hay que ir solo. Recorrer *el país* en Greyhound, por ejemplo. Quedarse en pana en Wichita, comer un taco frente a El Álamo, dormir en un hotelucho lleno de vagos en Tulsa, Oklahoma. O ir a Nueva York, huevón; meterse al CBGB, cachar a la Patti Smith

en vivo. ¡Esa es vida, pendejo, no esto! Un día en Manhattan equivale a seis meses en Santiago. (FUGUET, 1991, p. 58, énfasis en el original).

En otro pasaje, Matías Vicuña nos dice:

El *Pumper Nic* está lleno, como todos los sábados. El aroma a papas fritas, a grasa, me penetra. Me gusta. Es el olor de Estados Unidos, pienso. Olor a progreso. [...] El *Pumper Nic* -el nombre me parece patético, demasiado tercermundista- no está tan mal pero es una mala copia, eso está claro. No es auténtico (FUGUET, 1991, p. 92).

Como mencionamos, para Moulian el consumo es simbólicamente decisivo en el Chile neoliberal: es acceso a una modernidad delineada en bienes materiales, en objetos y servicios; en este caso, el progreso se “respira” por la reminiscencia a la cultura *yankee* y uno de sus emblemas: la comida rápida.

Pero las alusiones al país del norte también revelan la emergencia de ciertos espacios urbanos que Estados Unidos ha transformado en universales. El local de comida rápida que menciona Fuguet, se liga a lo que la crítica española, María del Pilar Lozano (2007, p. 173), identifica como *no-lugares*: “los centros comerciales, los aeropuertos, las estaciones de servicio, los multicines, los gimnasios”), todas locaciones que Fuguet utiliza obsesivamente en su obra, y también presentes en *Mala Onda*. Esos espacios han sido trabajados en profundidad por Marc Augé (1992), quien señala:

Si un lugar puede definirse como lugar de identidad, relacional e histórico, un espacio que no puede definirse ni como espacio de identidad ni como relacional ni como histórico, definirá un no lugar. La hipótesis aquí defendida es que la sobremodernidad es productora de no lugares, es decir, de espacios que no son en sí lugares antropológicos y que, contrariamente a la modernidad baudeleriana, no integran los lugares antiguos: éstos, catalogados, clasificados y promovidos a la categoría de “lugares de memoria”, ocupan allí un lugar circunscrito y específico (AUGÉ, 1992, p. 83, énfasis en el original).

En la misma línea, la española explica los no-lugares como resultado del gozne de modernidad a posmodernidad, y el consecuente desvanecimiento del sujeto que se encuentra en un “no-tiempo, enclaustrado en un presente sin signos de identidad propios, y un no-lugar, múltiple y heterogéneo, que se construye y deconstruye a la vez” (AUGÉ, 1992, p. 171). Algo similar plantea el académico Rodrigo Cánovas, para quien este tipo de texto presenta una acción fijada “en un presente perpetuo [...], donde hace su aparición el “niño down”, cuyo malestar proviene de vivir inserto en un país y en un cuadro familiar sin valores” (CÁNOVAS, 1996, p. 41, énfasis en el original), diagnóstico, este último, en el que coincide con Rojo.

Las nociones de no-lugar y no-tiempo se relacionan, asimismo, a la idea de consumo en la época neoliberal.

Volviendo a Lipovetsky, vemos que, en la primera fase del capitalismo, el consumo no afecta más que a la burguesía. En la segunda fase, en cambio, producida alrededor de los años cincuenta, el consumo deja de ser privilegio de una clase. Y es entonces cuando el liberalismo se desprende de sus antiguas normas y la sociedad se vuelca hacia el presente, se ensalza la novedad en demérito del pasado y la tradición, y el tiempo queda en suspenso. En ese instante, nos dice el sociólogo europeo, empieza a regir “[...] una lógica de seducción pensada bajo la forma de una hedonización de la vida accesible a todas las capas sociales” (LIPOVETSKY, 2002, p. 25).

El punto es palmario en Fuguet: sus personajes pertenecen a la clase media, aspiracional, surgida durante los años de bonanza de la dictadura y la instauración del neoliberalismo. El único patrimonio efectivo de Matías Vicuña, el protagonista, es tener padres que le permiten un estilo de vida enfocado al placer del consumo: un automóvil, la casa en la playa, objetos de marca. Los personajes de *Mala Onda* viven en el barrio alto, pero en departamentos pequeños y pagados durante toda la vida; estudian en colegios particulares pagados con nombres en inglés, pero no en los tradicionales, los cinco o seis establecimientos que han formado históricamente a la clase dirigente. Vicuña y sus cercanos pertenecen al estrato socioeconómico que primero alcanzó las bondades del ciudadano crediticio. En otras palabras, *Mala Onda* está “plagado de gente arribista” (FUGUET, 1991, p. 23), como dice Luisa, compañera de Vicuña, un personaje femenino retratado como sensible, maduro e inteligente en comparación al protagonista y al resto de sus condiscípulos. Un arribismo que se expresa en distintos pasajes de la obra mediante la burda ostentación.

Un par de ejemplos: una chica aborda en la disco a Matías y le confiesa que su nariz es operada, luego agrega: “Me la arreglé el año pasado. Con el doctor Zarhi. Costó harta plata” (FUGUET, 1991, p. 64). Otro: el narrador nos cuenta sobre la magnética personalidad del Chico Sobarzo, explicando dicho atributo en que, aun cuando es “[...] chico, feo y ordinario y se viste que da vergüenza ajena, no solo tiene plata (el viejo es un nuevo rico, propietario de una compra-venta de autos pero que en realidad trabaja para el hijo del Padrino) sino confianza en sí mismo” (FUGUET, 1991, p. 80).

Como señala Moulian, en el Chile que describe Fuguet, y que será también el de la transición política a la democracia, la identidad del Yo se construye en buena parte a través de objetos, comenzando a diluirse la “distinción entre “imagen” y ser” (MOULIAN, 1997, p. 25). Para el sociólogo chileno, debemos atizar la seducción del consumo como instrumento esencial en la construcción del *personaje* que somos. Así, el consumo demostrará nuestro éxito y nuestro fracaso, evidenciándolo mediante las marcas que podemos consumir.

La novela en análisis es paradigmática en esto. Revisemos solo algunos ejemplos en la voz del narrador protagonista: “Me dedico a pensar un poco, archivar el problema de los Ray-Ban, pasar a otro tema”; “reviso mi bolso Adidas”; “metería mi polera Hering y los Levi’s blancos en el bolso” (FUGUET, 1991, p. 25); “Tiene unos Hush Puppies iguales a los que dejé en Santiago”; “Solo Dentyne de canela” (FUGUET, 1991, p. 30); “le echo Stoli al jugo” (FUGUET, 1991, p. 34); “Yo pedí varias botellitas de Johnny Walker etiqueta roja, que mezclé con Coca-Cola en tarro” (FUGUET, 1991, p. 35); “En

la mano tengo unos Freshen-Up canadienses que ahora venden acá” (FUGUET, 1991, p. 37); “subo a veces a dar vueltas en mi Benotto” (FUGUET, 1991, p. 45); “Ya en su auto, el Volvo que tanto quiere” (FUGUET, 1991, p. 48); “mientras abro la Odontine” (FUGUET, 1991, p. 76); “sus típicas parkas infladas imitación Nevada” (FUGUET, 1991, p. 81).

Esto llega, incluso, al parafraseo de un eslogan: “El vodka fue con jugo de naranja Soprole, media galleta de soda McKay, más ricas no hay” (FUGUET, 1991, p. 170-171), o a obtener tranquilidad emocional a través de las marcas:

Mientras caminaba, me puse a divagar. Pensé en Chile y en mi vida, que es como lo que más me interesa. Cuando algo parecido a una depresión comenzó a rondarme, cambié de tema y me concentré en las vitrinas; caché, por ejemplo, que las poleras O'Brian se venden en todas partes. Me sentí más seguro (FUGUET, 1991, p. 10).

Esto adquiere una dimensión distinta si consideramos que la moda, de acuerdo a Lipovetsky, es la responsable de la preeminencia de lo frívolo y pasajero del mundo actual, bajo el simulacro de la individualidad y singularidad que se enseña a partir de signos externos, adquiridos de una serie que nada tiene de particular. Pero esto va más allá: la moda también ha inclinado “la modernidad hacia un sentido posmoderno” (LIPOVETSKY, 2002, p. 19); esto es, el nuevo estadio epocal para el autor (la posmodernidad), en sí mismo, “[...] ha aparecido con la extensión de la lógica de la moda al conjunto del cuerpo social, en el momento en que toda la sociedad se reestructura según la lógica de la seducción, la renovación permanente y la diferenciación marginal” (LIPOVETSKY, 2002, p. 20). La sentencia sería, o el corolario del pensamiento respecto a la moda en Lipovetsky, que con “la difusión de la lógica de la moda en todo el cuerpo social” (LIPOVETSKY, 2002, p. 20), cuando todas las dinámicas colectivas están signadas por las pautas de la moda, “entramos en la era posmoderna” (LIPOVETSKY, 2002, p. 20).

Esto dota de un sentido mayor el que en *Mala Onda* los apellidos, colegios y barrios se mencionen como si de marcas de moda se tratara, asignando estatus y posición social según corresponda. Destaquemos algunos casos.

En cuanto a apellidos: “la Rosita Barros y la Virginia Infante” (FUGUET, 1991, p. 27); “el Guillermo Iriarte” (FUGUET, 1991, p. 61); “la Antonia Prieto” (FUGUET, 1991, p. 63); “la Pelusa Echegoyen” (FUGUET, 1991, p. 70); “Bailé como una hora con la Pía Balmaceda” (FUGUET, 1991, p. 70); “con los años, mis abuelos pasaron a ser tan chilenos y elegantes como los castellano-vascos locales y el Tata Iván hasta ingresó al Club de la Unión” (FUGUET, 1991, p. 146).

Algunos ejemplos para los colegios: “una mina a la que ubico, de La Meisonnette” (FUGUET, 1991, p. 59); “ahora andaba con unos huevones del San Ignacio” (FUGUET, 1991, p. 79); “Corría el Chico Sobarzo contra unos tipos del San Gabriel, o algo peor” (FUGUET, 1991, p. 79); “Ahora está en las Monjas Francesas” (FUGUET, 1991, p. 79); “parte del cuento estaba basado en lo que le pasó a un compadre del Craighouse” (FUGUET, 1991, p. 80).

Y sobre los barrios: “Lerner, que es de Las Condes, Cerro San Luis” (FUGUET, 1991, p. 19); “La típica pinta de todos los asiduos al Paseo Las Palmas” (FUGUET, 1991, p. 74); “Cierra las cortinas y miro hacia General Holley” (FUGUET, 1991, p. 94); “Estamos en el Volvo. Mi padre maneja. Vamos por la Kennedy” (FUGUET, 1991, p. 228).

Los signos de diferenciación social, en ocasiones, pueden reunirse y vincular la americanización y el consumo como huellas de clase para la construcción del sujeto: “Me pongo una camisa a rayas y un FU’s poco gastado que mi vieja me trajo a su regreso del viaje número cuatrocientos a Miami y me siento a esperar. Finalmente aparece [mi padre], todo perfumado de Azzaro, vistiendo un terno gris de Milán” (FUGUET, 1991, p. 48).

Este fragmento, además, da cuenta de una idea central en *Mala Onda*: la posibilidad de ser un ganador, un *winner*, bajo los parámetros neoliberales. Desde Lipovetsky, es el triunfo de una subjetividad narcisista, de una lógica instrumentalizante y centrada en el individuo, orientada exclusivamente al consumo, propia del *homo oeconomicus* que impone el neoliberalismo.

El ganador neoliberal debe ostentar su capacidad de consumo, pero también presentar otros rasgos igual de valorados por el mercado, a saber: belleza y juventud. Vicuña lo muestra al hablar de su progenitor, el mismo que luego emergerá “perfumado de Azzaro” (FUGUET, 1991, p. 48) y en un impecable “terno gris de Milán” (FUGUET, 1991, p. 45). Dice: “Mi padre se jura un ganador. Se sabe pintoso y por eso se agarró a mi vieja con tanta facilidad. Los curas lo expulsaron del colegio. Así comenzó a ganar plata antes que el resto de sus compañeros. Se casó súper pendejo y se ve aún más joven de lo que realmente es” (FUGUET, 1991, p. 49). La caracterización del *winner* se profundiza unas páginas más adelante. En el auto rumbo a una celebración familiar, un par de jóvenes rubias le preguntan a Matías si son hermanos, refiriéndose a su padre; Vicuña se lamenta: “Mi padre queda feliz. El triunfador, una vez más, ha triunfado” (FUGUET, 1991, p. 46).

La idea del ganador neoliberal, del sujeto que encarna el *homo oeconomicus* del neoclasicismo, se retoma con la figura de Javier, primo hermano del protagonista. Sobre él, precisa:

Mi primito perfecto, el Javier, seleccionado nacional de esquí, notorios bíceps, poleras Peval, campeón de wind-surf, un hombre que lo consigue todo fácilmente [...]. Mi tío, su padre, quiere instalar una hostería cerca de Pucón [...]. Antes de largarse al sur, mi tío lo va a enviar a Atlantic City a aprender otro poco, a hacer una práctica en un feroz hotel con casino. También quiere mandarlo a una escuela en Francia especializada en salsas, patés, *petit bouchets*, cosas así. El tipo, todos juran, va a triunfar (FUGUET, 1991, p. 54-55).

Pero la membresía al club de los ganadores está reservada solo para algunos. Así lo comenta el propio Vicuña al describir el sitio donde va con sus amigos a divertirse habitualmente: “El Juancho’s es el local de *los elegidos*, el de la juventud dorada, como dice la Luisa, que nunca viene por aquí. No cualquiera tiene acceso, eso es verdad. Hay un guardia a la entrada que cuida que todos lo que ingresan sean G.C.U., gente que todos ubican [...], huevones que cacho del Country o de Reñaca o del colegio”, un local cuyo dueño “está asociado al Padrino y al sobrino de Pinochet” (FUGUET, 1991, p. 55).

Un símbolo de quienes encarnan los atributos del *homo oeconomicus* para Chile, serán los estudiantes de las facultades de Economía y los Ingenieros comerciales. Su vinculación con el neoliberalismo, desde luego, es prístina, pues son ellos quienes traen las ideas económicas Hayek y Friedman al país. Vicuña la enuncia sin ambigüedades cuando, en una fiesta en el barrio alto, dice: “Junto a mí hay dos tipos demasiado afeitados que hablan de un profesor de Economía de la Católica que estuvo en Chicago” (FUGUET, 1991, p. 201). Asimismo, lo pone de manifiesto al referirse a Alejandro Paz, mencionado que el “huevo que es un desclasado” (FUGUET, 1991, p. 57) puesto que está a favor del No en el plebiscito, pero viene y se relaciona con las clases acomodadas. Esto sucede, especula Vicuña, porque estudia “Filosofía y Literatura, en el Pedagógico” (FUGUET, 1991, p. 57), lo que lo lleva a decirle: “Si quisieras, te podrías cambiar a Ingeniería Comercial” (FUGUET, 1991, p. 60). Y después remata, enunciando una especie de mantra neoliberal: “Aquí hay oportunidades para todos” (FUGUET, 1991, p. 60).

Pero que consejo del protagonista se relaciona también a otro factor clave del modelo: la despolitización del sujeto neoliberal. Veamos.

Como asevera Moulian (1997, p. 102), la lógica del “ciudadano credit-card” obliga a ignorar los conflictos laborales para mantenerse en la categoría de trabajador creíble, exigiendo sumisión para no correr el riesgo de terminar como un simple ciudadano político, instalando una organización de la vida colectiva conservadora, que suspende cualquier tipo de cuestionamiento “sobre el orden social global” (MOULIAN, 1997, p. 104). En la misma línea, Lipovetsky ve que la preeminencia del individualismo y el consumismo, corroe los sustratos básicos del compromiso moderno con la política, así como con las expectativas que se fijaron en ella para promover el cambio social. Con eso, nos dice, llega a su fin la energía movilizadora que ostentaron las ideologías en buena parte del siglo XX, al tiempo que aumenta el valor que se le atribuye a “las cuestiones subjetivas” (LIPOVETSKY, 2002, p. 12). Podemos agregar que, en el contexto de enunciación de la novela, los personajes se encuentran en medio de una dictadura terrorista, lo que desincentivaba la militancia o la participación en acciones de índole deliberativo, y que, en el contexto de producción de la misma -esto es, a comienzos del período transicional- la dictadura devendrá en trauma para para todo el cuerpo social.

Vicuña, entonces, cuando sugiere a Paz que abandone Filosofía y Literatura e ingrese a Ingeniería comercial, está delineando la ruta privilegiada para el éxito del *homo oeconomicus*, desvinculado de la reflexión, la crítica y el arte, anclado en el mercado, la competencia y el individualismo.

Mucho antes, cuando la novela comienza y el protagonista se encuentra con Cassia, una chica que conoce en la playa brasileña en medio de su gira de estudios, da tempranas pistas de una subjetividad despolitizada, al comentar de la muchacha que es “[...] hija de funcionario del gobierno, el de Figueiredo, que aquí parecen odiar todos”, para rematar: “y eso que el país, para mi gusto, está increíble. La Cassia dice que es un dictador” (FUGUET, 1991, p. 13).

Pero ¿a quién encontramos en las antípodas del individuo despolitizado? El propio Matías Vicuña ubica allí a un personaje que hace todavía más legible su consejo a Paz: la profesora de literatura. De ella dice: “Es valiente esta Flora. Sobre la solapa izquierda

luce una chapita con la Mafalda y un letrerito del *NO*. La Flora, todo el mundo lo sabe, es de izquierda” (FUGUET, 1991, p. 181-182). Y lo hace legible porque ese tipo de profesionales, parece advertir el protagonista a Paz, no tienen cabida en su mundo, en el selecto club de los ganadores, donde “un guardia a la entrada que cuida que todos lo que ingresan sean G.C.U.” (FUGUET, 1991, p. 55). Quienes trabajan en el colegio particular pagado donde se educa Vicuña representan, para la novela, la excepción a la regla del éxito neoliberal, un espacio habitual y cotidiano donde se topa con personas diferentes. Dice: “*Escribe algo en su cuaderno pero evidentemente no tiene mucho que ver con lo que está hablando la profesora de inglés, a la que le patina la ce-hache por lo que, en vez de decir children, dice shildren*” (FUGUET, 1991, p. 173, énfasis en el original). O: “la inspectora -con ese delantal burdeos que la hace parecer, aún más, la empleada doméstica que probablemente es- me mira sin hablar” (FUGUET, 1991, p. 174).

El narrador enseña que, además, aquellos que no son “G.C.U.”, que el guardia no deja entrar a los lugares donde concurren los ganadores, deben recibir un trato diferente, de minusvaloración. Esto se expresa en un clasismo que Vicuña demuestra, de un modo preferente, cuando se refiere a las muchachas de su edad, pero que provienen de estratos socioeconómicos bajos. Durante toda la obra las denomina despectivamente como “las chulas de la periferia” (FUGUET, 1991, p. 62); esto es, meros cuerpos a disposición de ellos, los triunfadores. En narrador protagonista dice: “[...] el olor me trae extraños recuerdos de andanzas veraniegas nocturnas a Quintero, a buscar chulas con quienes tirar en la playa de Loncura y hasta en Ritoque, si las minas eran más audaces y subían a los autos” (FUGUET, 1991, p. 44).

A modo de conclusión: *Mala Onda*, neoliberalismo antes y después

Si bien nuestro análisis de la novela *Mala Onda*, de Alberto Fuguet, se concentró en develar los elementos del neoliberalismo que va poniendo en escena, creemos que la obra posee un segundo rendimiento: la manera en que el relato nos remite, ineludiblemente, al período dictatorial y, de igual forma, se espejea con la realidad que irrumpe, para algunos sorpresivamente, en el primer gobierno democrático.

En otras palabras: *Mala Onda* evidencia los atributos esenciales de la lógica neoclásica, particularmente en lo que atinge a su concepción del ser humano, pero en ese ejercicio consigue unir, a la manera de arco, dos momentos diametralmente distintos en la historia política de Chile. Primero, el de su *contexto de enunciación*: es 1980, el país se encuentra ante un plebiscito manipulado por las autoridades, mientras se dan las transformaciones más significativas que realizó la “dictadura terrorista-revolucionaria” (MOULIAN, 1997, p. 20) de Pinochet. Segundo: su *contexto de producción*, en el año 1991, momento en que la novela se publica y, en Chile, se acaba de iniciar una transición que dará legitimidad democrática al modelo que se impuso de facto en la década anterior.

De ahí que, al finalizar los noventas, en el coloquio “*¿De qué hablamos cuando decimos Nueva Narrativa Chilena?*”, Soledad Bianchi (1997, p. 34) diga que el mini-boom presenta una ficción “homogénea, conformista y monocorde; tan homogénea,

conformista, deslavada y monocorde como su contexto, el consenso”. Siguiendo a Bianchi (1997), *Mala Onda* y la Nueva Narrativa Chilena en su conjunto, se espejaron con una transición que tuvo como triste mérito otorgar las credenciales democráticas que requería el modelo para asegurar su continuismo. Esta idea asoma también en el estudio de otro autor del movimiento, Gonzalo Contreras, cuya novelística enseña cómo el cambio estructural impulsado en dictadura

[...] solo se cristaliza bajo las legitimaciones institucionales de la transición política, adquiriendo densidad y consistencia inclusive a nivel simbólico, con una serie de obras literarias que dan cuenta de un modo naturalizado de las transformaciones en las subjetividades del colectivo (RIVERA-SOTO, 2017, p. 268-269).

A dos décadas de distancia, es dable suscribir lo que apunta Bianchi: la Nueva Narrativa Chilena es un movimiento que remite, acriticamente, a un contexto de producción marcado por el consenso, por la política de los acuerdos, en una lógica que primó sin contrapesos en la década de los noventa. Y ese consenso trata de la urgencia de garantizar, ahora en un sistema de gobernanza democrática, al neoliberalismo como nuestro modelo de desarrollo.

RIVERA-SOTO, J. Americanization, consumerism and narcissistic subjectivities: inscriptions of neoliberalism in Chile in the novel *Mala Onda* (1991) by Alberto Fuguet. *Revista de Letras*, São Paulo, v. 59, n. 2, p. 197-213, jul./dez. 2019.

- **ABSTRACT:** *This article develops an analysis of Mala Onda, by Alberto Fuguet (1991) Chilean narrator, journalist and filmmaker born in 1964, to unravel the textual inscriptions of neoliberalism that may emerge from his reading. The revision of the novel will be with the theoretical instruments provided by the sociologists Tomás Moulian and Gilles Lipovetsky. Even when it comes to intellectuals whose traditions are different, we will work on aspects in which they coincide, such as the double face of consumption, reviewed by both from an ambivalent perspective: domestication and control and, at the same time, as an efficient dispenser of pleasure. Likewise, we will relieve the concept of human being that defends the neoclassical model, that of homo oeconomicus, to put it in dialogue with the representations in the novel of issues such as happiness, competition and opportunities. We intend to investigate with this, the double re-foundation of the Chilean military dictatorship: first, installing a model of development of extreme economic liberalism, organized around the deployment of private initiative in all spheres of life, and a gibarized State, confined to the residual spaces of the market; and second, the modulation of the subjectivities and behaviors of the population, generated through terror and dictatorial coercion.*
- **KEYWORDS:** *Alberto Fuguet. Mala Onda. Neoliberalism. Americanization. Consumerism. Narcissistic Subjectivities.*

Referencias

- AUGE, M. **Los No Lugares espacios del anonimato**: una antropología de la sobremodernidad. Barcelona: Gedisa, 1992.
- BIANCHI, S. De qué hablamos cuando decimos nueva narrativa chilena. *In*: OLIVARES, C. (ed.). **Nueva narrativa chilena**. Santiago: LOM, 1997. p. 29-34.
- CANOVAS, R. **Novela chilena**: nuevas generaciones: el abordaje de los huérfanos. Santiago: Ed. Universidad Católica de Chile, 1996.
- CARREÑO, R. **Memorias del nuevo siglo**: jóvenes, trabajadores y artistas en la novela chilena reciente. Santiago: Ed. Cuarto Propio, 2010.
- CONSTANTINI, N.; ANDRADE, F. Reseña de: ROJO, Grínor. Las novelas de formación chilenas: bildungsroman y contrabildungsroman. Santiago de Chile: Sangría, 2014. 298 p. **Revista de Humanidades**, Santiago, n. 29, p. 265-272, 2014.
- FUGUET, A. **Mala onda**. Santiago: Plantea, 1991.
- GARCÍA, Á. Modelo neoliberal y desarrollo nacional: un desencuentro. **Revista de Estudios Públicos**, Santiago, n. 11, p. 76-90, 1983.
- HARVEY, D. **Breve historia del neoliberalismo**. Madrid: Akal, 2007.
- LIPOVETSKY, G. **La era del vacío**. Barcelona: Anagrama, 2002.
- LOZANO, M.P. **La novela española posmoderna**. Madrid: Arco Libros, 2007.
- MOULIAN, T. **Chile actual**: anatomía de un mito. Santiago: LOM, 1997.
- OLIVARES, C. (ed.). **Nueva narrativa chilena**. Santiago: LOM, 1997.
- RIVERA-SOTO, J. Huellas posmodernas en La Ciudad Anterior de Gonzalo Contreras, **Revista de Humanidades**, Santiago, n. 35, p. 267-291, 2017.
- ROJO, G. **Las novelas de formación chilenas**: Bildungsroman y contrabildungsroman. Santiago: Sangría, 2014.
- SALCEDO, R.; DE SIMONE, L. **Los malls en Chile**: 30 años. Santiago: Uqbar, 2012.
- SILVA-ESCOBAR, J. P.; RAURICH, V. Delincuencia y gubernamentalidad neoliberal en el cine chileno de la transición a la democracia. **Izquierdas**, Santiago, n. 49, p. 684-705, 2020.